



EL BARCO
DE VAPOR

El rey Arturo cabalga de nuevo, más o menos

Miguel Ángel Moleón Viana

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 1997

Ilustraciones de Alejandro Mesa



–En ninguna manera me enojaré –respondió Don Quijote–. Bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

–Pues lo primero que digo –dijo– es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato.

MIGUEL DE CERVANTES: *Don Quijote*, vol. II

–Pienso lo mismo –dijo Bilbo Bolsón–. En estos lugares somos gente sencilla y tranquila y no estamos acostumbrados a las aventuras. ¡Cosas desagradables, molestas e incómodas que retrasan la cena!

J. R. R. TOLKIEN: *El hobbit*

¡Elfos y dragones!, le digo yo. Coles y patatas son más útiles para mí y para ti, le repito constantemente.

J. R. R. TOLKIEN: *El Señor de los Anillos*

● 1

SI ENCIENDES LA CHIMENEA, REVISA LA LEÑA PRIMERO

HACE MUCHO MUCHO TIEMPO, en el lejano país de Avalón, se encontraba el rey Arturo en su castillo del Dulce Descanso. Se hallaba sentado en su butaca real y contemplaba, soñoliento, el crepitar del fuego en el hogar. El viento del septentrión gemía chimenea arriba. Y algunos copos de nieve conseguían descender hasta la lumbre.

Mientras acurrucaba los pies en las zapatillas de paño a cuadros, aquella noche Arturo cumplía, lustro más arriba, lustro más abajo, doscientos cincuenta años. Los resplandores del fuego lucían entre los pliegues de su frondosa barba, pero el rey ni se acordaba de qué edad tenía. De tanto en tanto se apartaba la corona para rascarse el remolino y se acariciaba la barba, pensativo.

En tales menesteres se ocupaba cuando, de repente, entre los grandes leños de nogal que ali-

mentaban el fuego, se escuchó un estallido. Igual que las castañas cuando se asan, de las ascuas, rauda como un rayo, saltó una pequeña lengua de fuego. Arturo, sin poder hacer nada, la vio volar directamente hacia su real manto de terciopelo y armiño. Abrió de par en par los ojos mientras la pequeña llamita caía en sus barbas.

—¡Aaaaaaag! —gritó Arturo, levantándose de la butaca tan rápido como pudo. A sus doscientos cincuenta años, tampoco podía ser muy veloz.

Sacudiéndose las barbas, con la corona por los suelos, consiguió deshacerse de la lengua de fuego.



La vio caer sobre las frías losetas. Y allí se enroscó sobre sí misma como una culebrilla.

–¡Por las barbas de Neptuno! ¿Ante qué tipo de prodigio me encuentro? ¿Qué criatura es esta que continúa ardiendo sin madero alguno?

Entonces la llamita se desenroscó para cobrar el aspecto de un geniecillo del fuego, una salamandra para ser más exactos, que solo alzaba del suelo unas cuartas mal contadas.

–Buenas noches, majestad –saludó realizando una solemne genuflexión–. Os pido disculpas si os he alarmado.



–¡Alarmarme no, bicho díscolo! ¡Antes bien, chamuscarme las barbas! ¡Y menos saludos y disculpas! ¡Di quién eres y qué cosa buscas o llamaré a la guardia para que te conviertan en un pinchito moruno!

–Ay de mí, majestad; me acojo a vuestra benevolencia. No soy más que una salamandra que habitaba uno de los troncos de vuestra real hoguera.

–Pues si eso fuera cierto –comentó Arturo mientras recogía la corona del suelo–, lo mejor que puedes hacer es volver al tronco y consumirte con el resto. De los duendes y otras gentes menudas y extrañas nada bueno puede esperarse.

–Perdonadme, majestad, pero no he saltado por capricho.

–Ah... ¿Encima recochineo?

–Tengo una misión que cumplir. Vengo a proponeros una tarea.

–Pues vas listo, duendajo –añadió Arturo, con la corona ladeada, mientras se dejaba caer nuevamente entre los cojines de la butaca–. Vas listo. Estás el primero por la cola.

–Os ruego me concedáis el favor de permitir que os cuente de qué se trata...

–Me es indiferente, fuego de Santelmo. A mi edad se me han presentado ya tantos bichos raros como tú, a proponerme tan descabelladas aven-

turas, que te puedes ahorrar la saliva. Lo tienes todo perdido conmigo. No tiene uno ya edad para trotes...

–Cuando os cuente de qué se trata estoy seguro, majestad, de que cambiaréis de opinión –dijo la salamandra, resplandeciendo ahora con un brillo de entusiasmo especial.

–Ya te digo –comentó con desgana Arturo, arreglándose los bigotazos– que he visto de todo a lo largo de mi reinado. Incluso después de que Camelot se convirtiera solo en un sueño y en un puñado de bellas canciones.

Al nombrar las canciones, el bufoncillo que dormitaba sobre unos cojines, arrimado al fuego, se despertó, tomó su mandolina y, con el gorro sobre los ojos, preguntó despistado:

–¿Qué desea su majestad? ¿Acaso una canción-cilla cortesana?

Arturo le miró con desgana mientras él volvía a quedarse dormido y comenzaba a roncar.

–Pequeña salamandra, antes de que sofoque tu pequeña existencia con un vaso de agua, te ruego que reconsideres cuanto vayas a proponerme, pues estoy hasta mis reales narices de ir a salvar doncellas atrapadas por ogros, de batirme con testarudos caballeros que guardan un puente por el simple capricho de hacerlo. Me he enfrentado a dragones,

murciélagos gigantes y otras criaturas cuyo nombre sería mejor olvidar. Mis batallas y aventuras se recogen en numerosas enciclopedias... De modo que ahórrate el trabajo y la saliva. Salamandrilla inoportuna, regresa a las ascuas de las que procedes. Deja que tu rey, o sea, yo, descanse entre las brumas del invierno y los vapores de la hoguera.

–Aunque me cueste la vida, majestad, tengo que cumplir mi misión y exponeros el asunto que me hizo saltar a vuestras barbas.

–Sea como desees, malandrín –murmuró Arturo cogiendo la jarra llena de agua que reposaba sobre la mesa.

–Sin duda alguna estoy seguro de que vos, majestad, conoceréis el... el... el...

–¿Terminaremos esta noche?

–El mundialmente famoso, el legendario... caldero de Quimpercorentín.

–¡Acabáramos! Me creía que ya nadie se acordaría de esa vieja palangana abollada. El caldero loco –dijo Arturo burlonamente– que fabricó la bruja Urganda, y que terminó por guardar en las cámaras secretas del castillo de Irás y No Volverás.

–Exacto, majestad. Pero no se trata de una palangana abollada, como afirmáis vos, sino de un recipiente ancho y semicircular. El cual posee poderes de transformación y de abundancia. Es la fuente de

la generosidad y puede satisfacer los deseos de cualquiera que llegue hasta él.

–Ya –comentó Arturo acomodándose en su butaca.

La salamandra se quedó mirándole desconcertada.

–¿No comprendéis, majestad, de qué os hablo? –preguntó perpleja, y los cabellos se le incendiaron en llamas ascendentes–. Si pedís al caldero de Quimpercorentín cualquier cosa que deseéis, os será automáticamente concedida...

–Ya –gruñó Arturo–. ¿Y cuántos puentes guardados por caballeros habré de cruzar? ¿A cuántos gigantes habré de batir por el camino? ¿Cuántas serpientes y dragones nos esperarán en cada gruta y recodo del sendero? No, gracias, diminuto renacuajo del fuego –añadió con tono de irritación–. Mi mayor deseo ahora es permanecer otros doscientos cincuenta años invernando frente a esta hoguera. Y, como comprenderás, para conseguir tal deseo, lo único que tengo que hacer es rociarte con el contenido de esta jarra de agua.

Al oír las palabras de Arturo, la salamandra se dejó caer sobre la alfombra. El fuego de su cuerpo empalideció más y más hasta casi apagarse. Dejó escapar un suspiro, miró con tristeza al rey y los cabellos se le desmayaron lacios sobre la espalda.

Agachó las orejas y pensó que no conseguiría cumplir su misión: hacer que el rey Arturo formulara un deseo al caldero de Quimpercorentín.

Pero entonces, como el relámpago entre la lluvia, le alcanzó una luminosa idea. Su menuda anatomía comenzó a lucir incandescente de nuevo.

–¡Majestad! ¡Majestad! ¡Sé que deseáis algo muy especial desde hace muchísimos años! ¡Algo que podríais conseguir con el caldero mágico!

–No te das por vencida, ¿eh, salamandra testaruda? Creo que te has ganado una ducha a pulso –y Arturo alzó la jarra sobre ella.

La salamandra, antes de que el agua sofocara su cuerpecillo destellante, saltó con agilidad, se enredó entre las barbas del rey y alcanzó su oreja. Aferrándose a ella, dijo:

–Aquello que lleváis tantos años deseando en secreto, aquello que podríais conseguir con el caldero de Quimpercorentín, es...

Entonces, la salamandra susurró dentro del oído real unas palabras que hicieron que Arturo quedara paralizado, con los ojos de par en par. Dejó rápidamente la jarra sobre la mesa y tomó a la salamandra por las llamas del pelo. Y aunque se estaba quemando los dedos, con un brío fuera de lo normal, totalmente despierto y con los ojos de par en par, le gritó entusiasmado:

–¿Es posible? Bicho surgido de las entrañas de los volcanes, ¡no engañes a tu rey! ¡Ni se te ocurra! Dime: hallado el caldero dichoso y formulado el deseo que me has sugerido, ¿sería posible que la vieja palangana lo convirtiera en realidad? ¿Eh? –insistió ansioso.

La salamandra, aliviada, acababa de conseguir que en el fondo de los ojos de Arturo se encendiese la llama de una antigua ilusión.

–No solo es posible, majestad, sino pan comido.

Arturo frunció el ceño y escrutó la mirada de la salamandra. Hacía muy bien no confiando en un duende, y menos en un genio del fuego. Sin embargo, aquel le estaba pareciendo de lo más sincero, así que...

–¡Manos a la obra! –dijo, y la salamandra brilló de tal modo que iluminó las reales estancias.

● 2

UN GENIO EMBOTELLADO Y UN MONSTRUO QUE SE DESPIERTA

EL EPISODIO ANTERIOR había tenido lugar bien entrada la noche. Arturo, entusiasmado, decidió que partiría al día siguiente, muy de mañana, a la busca del caldero de Quimpercorentín. Viajaría hasta el castillo de Irás y No Volverás, fortaleza cuyo nombre nunca le había gustado ni un pelo. Y hasta la que muy pocos sabían cómo llegar. Y menos aún, cuál fuera el camino de regreso.

–Irás y No Volverás... y No Volverás... –murmuraba delante de la chimenea, mientras la salamandra trataba de convencerle–. No será esto una treta de genio incendiario, ¿verdad?

–Palabra de salamandra que no os engaño ni un ápice...

–Bueno, pues aparte de los ápices que me engañes o no, y para asegurarme –dijo Arturo levantándose de la butaca y cogiendo de la repisa de la

chimenea una botella de vidrio—, ahora mismo vas a entrar en esta botella. Te voy a tapar con plomo. De esta suerte, si es una trampa lo que urdes contra el rey, jamás saldrás de tan incómoda mazmorra. Si, por el contrario, dices la verdad, serás libre en el momento en que el caldero dichoso cumpla mi deseo.

La salamandra dejó escapar un suspiro que más parecía una queja.

—¡Caramba, qué afición tienen los humanos a meter genios en lámparas y botellas! Pero si es lo que desea vuestra majestad, que así sea —añadió, y de un salto se lanzó al interior del recipiente. Una vez que se acomodó dentro, Arturo tapó la botella con plomo.

Dentro de aquel lugar, la salamandra parecía incluso más luminosa.

—Te usaré de guía —dijo Arturo—, y de noche como linterna. Pero, antes de partir, dime, genio loco... ¿Qué ganas tú con este negocio?

—Si vos consiguierais del caldero de Quimpercorentín vuestro deseo secreto, yo dejaría de ser una salamandra y me convertiría, al fin, en un elfo..., un elfo del fuego.

—¡Ah, gañán, gañán! No se hable más. Creeré tus palabras y saldremos mañana muy temprano. Ahora... ¡a la cama!



Aquella noche, mientras caía la nieve sobre los campos de Avalón, Arturo durmió profunda y deliciosamente. Porque la ilusión dulcifica el sueño y aleja los ronquidos. Se vio a sí mismo, en sueños, a lomos de su corcel, rodeado por los caballeros de la Mesa Redonda, batallando de nuevo contra los enemigos de Camelot. Sobre la mesilla de noche, la salamandra, acomodada en su celda de cristal, igualmente durmió feliz esperando alcanzar el deseo de convertirse en un elfo del fuego.



Ni el rey ni la salamandra podían imaginar que, en lo más profundo de las tinieblas de la noche, en lo más frío del septentrión, hacia el este, más allá de los campos que rodeaban el castillo del Dulce Descanso, algo amenazador comenzó a agitarse. Algo que había sentido una terrible convulsión en el momento en que la salamandra conseguía encender la llama de la ilusión en la mirada del rey. El ojo milenario que pertenecía al monstruo conocido en todas las leyendas como la bruja Viviana

se abrió presa de una súbita inquietud. A leguas de distancia, Viviana había percibido cómo el corazón del rey se había visto iluminado por una llama repentina. En lo más profundo de la noche, la bruja Viviana desperezó su escamoso cuerpo, chasqueó la lengua, abrió los ojos de reptil verde y segregó veneno sobre la comisura de los labios.

–El rey Arturo cabalga de nuevo –murmuró, y su voz gélida sonó en la soledad de su fortaleza como el siseo de una serpiente–. Una ilusión nueva le arde en el pecho. ¡Qué desgracia, ahora que estaba a punto de caer en un letargo de mil años por lo menos! ¿De qué se tratará?

Viviana, envuelta en un manto negro que apagaba estrellas y tragaba el resplandor de la nieve, se asomó a las almenas de su torre en el centro del Lago Oscuro. Olfateó los vientos de la tormenta hacia el oeste. Escrutó con la mirada entre las brumas, como si aun en la distancia pudiera dilucidar la llama de la ilusión en el corazón antiguo del rey.

–¿Quién habrá desentumecido a ese fósil cascarrabias? –murmuraba Viviana, endiabladamente contrariada.